

das, violentas, que parecían entrechocarse como cantos que se despeñan en un valle. Salimos de aquel lugar de deleite perseguidos por los gritos de Fatmé, que agitando los brazos marcados de la peste nos maldecía y maldecía á nuestros padres, y á nuestros abuelos, y á la tierra que nos criara, y al pan que comíamos, y á las sombras que nos cubriesen. Después, en la calle negra, dos perros nos siguieron mucho tiempo ladrando lúgubrementemente.

Entré en el Hotel del Mediterráneo suspirando por mi tierra risueña. Los goces de que me veía privado en aquella lóbrega y enemiga Sion, me hacían ansiar más inflamadamente aquellos que me daría la fácil y amable Lisboa cuando, muerta la tía, heredase su hermosa bolsa de seda verde... ¡Entonces no encontraría en los corredores silenciosos una bota severa y bestial! Entonces, ningún cuerpo bárbaro huiría con lágrimas la caricia de mis manos. Dorado por el oro de la tía, mi amor no sería jamás ultrajado ni mi concupiscencia jamás rechazada. ¡Dios mío, si con mi santidad consiguiese cautivar á mi tía!... Aquella noche escribí á la hedionda señora esta carta tiernísima:

«Querida tía de mi corazón: Cada vez me siento con mayor virtud. Cosa que yo atribuyo al agrado con que el señor está viendo esta visita mía á su Santo Sepulcro. De día y de noche paso el tiempo meditando en su divina Pasión y pensando en mi querida tía. Ahora mismo vengo de la Vía Dolorosa. Es una calle tan bendita, tan bendita, que hasta tengo escrúpulo de pisarla con mis botas: el otro día no me contuve y me incliné besando las piedras. Esta noche la pasé casi toda rezando á Nuestra Señora del Patrocinio, que todo el mundo aquí en Jerusalem respeta muchísimo. Tiene un altar muy lindo; aunque, á este respecto, cuánta razón tenía usted cuando decía que para fiestas y procesiones no hay como nosotros los portugueses.

»Esta noche, estando en la capilla de Nuestra Señora del Patrocinio y después de rezarle seis salves, levantán-

»do los ojos á la Santa Imagen le dije:—¡Ay, quién me diera saber como está mi tía, la señora doña Patrocinio de las Nieves!—Y ¿querrá usted creerlo, tía? Pues la imagen, con su divina boca, me repuso estas palabras textuales que, para no olvidarlas, escribí en el puño de la camisa:—Mi querida ahijada va bien, Raposo, y espera hacerte feliz.—Y no crea que esto es un milagro extraordinario, porque me cuentan aquí todas las familias respetables con quien voy á tomar el té, que la Señora y su divino Hijo dirigen siempre algunas palabras agradables á quien va á visitarlos. Sabrá que ya obtuve para usted ciertas reliquias, unas pajas del pesebre y una tabla de las cepilladas por San José. En cuanto á la gran reliquia, aquella que quiero llevarla para curarla de todos sus males, esa espero obtenerla en breve. Por ahora, no puedo decir más... Recados á nuestros amigos, en quien pienso mucho y por quien tengo rezado constantemente. Y la tía sírvase echar su bendición á su sobrino que la venera.—*Teodorico*.

»*Postdata*.—¡Si usted supiese, querida tía qué asco me ha dado hoy la casa de Pilatos! ¡Hasta le escupí! Y he dicho á la Santa Verónica que la tía tenía mucha devoción por ella. Me pareció que la Santa quedaba muy agradecida... Es lo que yo digo aquí á todos los eclesiásticos y á los patriarcas:—Es necesario conocer á mi tía para saber lo que es virtud».

Antes de acostarme fui á escuchar pegando la oreja al tabique de ramajes azules. La inglesa dormía serena, insensible. Blandiendo el puño cerrado y amenazando hacia el corredor, bramé:

—¡Bestial!

Después abrí el armario, y saqué el delicado envoltorio que contenía la camisita de Mary y lo besé con un beso largo y alegre como un repique.

Temprano, cuando alboreaba el día, partimos para el devoto Jordán.

Aburrida y lenta fué nuestra marcha entre las colinas de Judea, que se suceden lividas, redondas, como cráneos, calcinadas, yermas por un viento de maldición. En el fulgor duro del cielo, rondaba sobre nuestras cabezas, lento y negro, un buitre. Al declinar el sol, alzamos nuestras tiendas en las ruinas de Jericó.

Sabroso fué entonces descansar sobre blandos tapices, bebiendo limonada en la dulzura de la tarde. La frescura de un riachuelo que corría entre arbustos silvestres, mezclábase al aroma de la flor que ellos daban, amarilla como la de la retama. Más lejos verdeaba un prado de hierbas altas, avivado por la blancura de esbeltos lirios. Cerca del agua, pasaban en parejas pensativas cigüeñas. Del lado de Judá, erguíase el monte de la Cuarentena, torvo y hosco en su tristeza de eterna penitencia; y mirando hacia Moab, mis ojos se perdían en la vieja, sagrada tierra de Canaán, arenal ceniciento y desolado que se extiende como la livida mortaja de una raza olvidada hasta las soledades del Mar Muerto. Al día siguiente, con las alforjas bien repletas, nos dirigimos allí en romería. El erudito Topsius me contaba como aquella planicie de Canaán había sido en otro tiempo cubierta de rumorosas ciudades, de blancos caminos entre viñedos, y de aguas de regadío, refrescando los muros de los agros. Las mujeres, adornadas las trenzas con anémonas, pisaban la uva cantando; y el perfume de los jardines era más grato al cielo que el incienso. Las caravanas que entraban en el valle por el lado de Segor, encontraban más abundancia que en el rico Egipto, y decían que aquel era en verdad el verjel del Señor.

—Después,—agregaba Topsius sonriendo con infinito sarcasmo,—un día el Altísimo se aburrió y lo arrasó todo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Pse, mal humor, ferocidad...

Los caballos relinchaban sintiendo la vecindad de las aguas malditas. Aparecieron bien pronto extendidas hasta las montañas de Moab, inmóviles, mudas, brillando solitarias bajo el cielo solitario. ¡Oh tristeza incomparable! Se comprende que aun pesa sobre ellas la cólera del Señor, si consideramos que allí yacen hace tantos siglos sin una villa agradable como Cascaes; sin claras barracas de lona alineadas á su orilla; sin regatas, sin niños y niñeras que recojan poéticamente las conchas en la arena; sin que las alegren, á la hora de las estrellas, los violines de un sexteto. Allí están, muertas, enterradas entre las duras sierras, como entre las losas de un sepulcro. Caminamos algún tiempo en aquella dirección hasta que, desde lejos, avistamos en la arena calcinada una mancha de verdura triste, color de bronce. Potte gritó:

—¡El Jordán! ¡El Jordán!

Y arrebatadamente galopamos hacia el río de la Escritura. El festivo Potte conocía, á orillas de la corriente bautismal, un sitio deleitoso donde poder pasar una siesta cristiana; y allí pasamos las horas de calor, recostados en un tapiz, bebiendo cerveza después de puesta á refrescar en las aguas del río santo. Obedeciendo la recomendación de la tía, me desnudé y me bañé en las aguas del Bautista. Al principio, lleno de emoción secreta, pisé la arena reverentemente, como si fuese el paño de un altar mayor. Con los brazos cruzados, desnudo, sintiendo la corriente lenta pasar entre mis rodillas, pensé en San Juan y su-surré un padrenuestro. Después reí y aproveché aquel bucólico baño entre árboles; Potte me arrojó mi esponja; y me enjaboné en las aguas sagradas tarareando el «fado» de Adelina.

Al refrescar, cuando montamos á caballo, una tribu de beduinos, descendiendo de las colinas de Galgalá trajo sus rebaños y sus camellos á beber en el Jordán; las crías blancas y felpudas corrían balando; los pastores, con largas picas, lanzando gritos de batalla galopaban en un am

plio tremolar de albornos, y era como si resurgiese en todo el valle, en el esplendor de la tarde, una pastoral de la edad bíblica, cuando Agar era moza. Erguido en la silla, con las riendas bien cogidas, sentí un escalofrío de heroísmo; ambicionaba una espada, una Ley, un Dios por quien combatir... Lentamente se extendiera por la planicie sagrada un silencio elevado. Penetrado por las emanaciones divinas de aquellas aguas, de aquellos montes, sentíame igual á los hombres fuertes del Éxodo. Me pareció ser uno de ellos, familia de Jehová, y que había llegado del negro Egipto con sus sandalias en la mano.. Aquel suspiro que traía la brisa, venía de las tribus de Israel. Por los caminos, seguida de una escolta de ángeles, descendía el Arca, balanceándose sobre los hombros de los Levitas, vestidos de lino y cantando. En aquellas secas arenas, reverdecía otra vez la tierra de promisión. Jericó blanqueaba entre los agros: á través de los palmares resonaban, acompañando la marcha, los clarines de Josué.

No me contuve y quitándome el casco, lancé este hurra piadoso:

—¡Viva Nuestro Señor Jesucristo! ¡Viva toda la Corte Celestial!

Al otro día, temprano, el incansable Topsius partió á estudiar las ruinas de Jericó, esa vieja Ciudad de las Palmeras que Herodes cubriera de termas, de templos, de jardines, de estatuas, y donde había pasado sus tortuosos amores con Cleopatra... Yo, en la puerta de la tienda, echado sobre un tapiz, quedé tomando mi café siguiendo de tiempo en tiempo en el cielo, de un brillo de zafir, el blanco paso de las cigüeñas que volaban en parejas hacia Samaria.

Me puse el casco de corcho y fui á pasearme en la dulzura de la mañana, con las manos en los bolsillos, cantando un *fado*. De repente, y sin saber de qué manera, me hallé como perdido en un sitio de gran soledad y de gran me-

lancolía. Era lejos del arroyo y de los aromáticos arbustos de flor amarilla: ya no veía nuestras blancas tiendas. Aquel yermo me hizo recordar otros, los grabados donde un eremita de largas barbas medita un infolio junto á una calavera. Pero ningún solitario aniquilaba allí la carne en heroica penitencia. Solamente, en mitad del descampado, aislado, orgulloso, con no sé que raro aspecto de reliquia, se erguía un árbol tan repelente, que hizo morir en mis labios el final del *fado*...

Era un tronco grueso, corto, achaparrado: ¡la corteza tenía el lustre oleoso de una piel negra: y de su cabeza entumecida, de un tono de tizón apagado, rompían como largas piernas de araña ocho ramas que conté, negras, mimbrosas, lanudas, y armadas de espinas... Después de mirar en silencio aquel monstruo, me quité lentamente el casco de corcho. Seguramente me encontraba delante de un árbol ilustre. Sin duda una rama igual, la novena tal vez, había sido atada en forma de corona por un centurión romano, de guarnición en Jerusalem, para ornar sarcásticamente en el día del suplicio la cabeza de un carpintero de Galilea, condenado por andar entre pacíficas aldeas diciéndose hijo de David, y diciéndose hijo de Dios, combatiendo las viejas Instituciones y las viejas Formas. ¡Aquella rama, por haber tocado los cabellos incultos del rebelde, tornárase divina! ¡Yo tenía, ante mis frívolos ojos de doctor por Coimbra, el sacratísimo Arbol de las Espinas!

De pronto una idea cruzó mi espíritu con brillo de visión celeste... Llevaría á la tía una de aquellas ramas, la más triste, la más espinosa, como si fuese la reliquia más fecunda en milagros á la cual pudiese consagrar sus fervores de devota y pedir confiadamente los favores celestiales. Pero de repente me asaltó una duda... ¿Y si realmente una virtud trascendente circulase en las fibras de aquel tronco? ¿Y si la tía comenzase á mejorar del hígado

apenas yo instalase en su oratorio, entre luces y flores, una de aquellas ramas erizadas de espinas? Pero ¿era aquel realmente el árbol santo? En esta duda, resolví consultar al sólido y sapientísimo Topsius.

Corrí á la fuente del Eliseo donde rebuscaba piedras, cacharros, restos de la orgullosa Ciudad de las Palmeras. Pronto descubrí al luminoso historiógrafo inclinado sobre una charca de agua, desenterrando un pedazo de pilastra negra, cubierta de lodo. A su lado, un jumento, olvidando la fresca yerba, contemplaba filosóficamente y con melancolía el afán, la pasión de aquel sabio, encorvado en el suelo, buscando las Termas de Herodes.

Conté á Topsius mi hallazgo y mi incertidumbre... El se incorporó servicial, celoso, presto á las lides del saber.

—¿Un arbusto de espinas?—murmuraba enjugándose el sudor.—Ha de ser el *Nabka*... ¡Muy frecuente en toda la Siria! Hasselquist, el botánico, pretende que de él se hizo la corona de espinas... Tiene unas hojas verdes en forma de corazón como las de las de la hiedra... ¡Ah! ¿No las tiene? Perfectamente, entonces es el *Lycium spinosum*. Fué el que, según la tradición latina, sirvió para la Corona de la Injuria. En fin, vamos á aclarar eso, don Raposo. ¡A aclararlo irrefutablemente y para siempre!

En el yermo, ante el árbol medroso, Topsius, alzando catedráticamente la nariz, recogióse un momento á los depósitos interiores de su saber. Después declaró que yo no podía llevar á mi tía devotísima nada más precioso. Su demostración fué deslumbradora. Todos los instrumentos de la divina Crucifixión; los clavos, la esponja, la caña, un momento divinizados como materiales de la Divina Tragedia, entraron poco á poco, por exigencias de la civilización, en los usos groseros de la vida. Los clavos son un valioso herraje. La caña se usa para pescar y entra en la composición del cohete. La esponja, otro tiempo humedecida en el vinagre del sarcasmo y ofrecida en una lanza, se aprovecha hoy en irreligiosos ceremoniales de limpieza

que la Iglesia siempre reprobó con odio. ¡Hasta la cruz ha perdido entre los hombres su divina significación! La cruz es un distintivo de honor: pende de los collares, se usa como dije...

—Pero la corona de espinas, don Raposo, ésa no ha vuelto á servir para nada más.

—Sí, Topsius, sí: yo no puedo llevar á mi tía maravilla mejor. Pero la verdadera, la que ha servido, ¿habrá sido sacada de este tronco? ¿Usted qué opina?

El erudito Topsius desdobló lentamente su pañuelo de cuadros y declaró, contra la fútil tradición latina y contra el ignarísimo Hasselquist, que la corona de espinas fuera arrancada de una zarza flexible que abunda en los valles de Jerusalem y con la cual se enciende lumbre...

Yo murmuré anonadado:

—¡Qué penal! ¡La tía hubiera visto con tanto gusto que fuese cortada de este árbol! ¡Es tan rica la tía!

Entonces aquel sagaz filósofo comprendió que hay razones de familia, como razones de Estado, y fué sublime. Extendió su mano por encima del árbol, cubriéndolo con la garantía de su ciencia, y dijo estas palabras memorables:

—Don Raposo, hemos sido buenos amigos... Puede usted, pues, afirmar á su señora tía, de parte de un hombre que Alemania escucha en cuestiones de crítica arqueológica, que la rama que le lleva de aquí, arreglada en forma de corona, fué...

—¿Fué?—grité yo ansioso.

—Fué la misma que ensangrentó la frente del rabí Jeshoua Natzareí, á quien los latinos llaman Jesús de Nazarieh y otros también llaman Cristo.

Hablaba el alto saber germánico. Saqué mi navaja sevillana y corté una de las ramas. Mientras Topsius volvía á buscar entre las hierbas húmedas la ciudadela de Ciprón, yo me dirigí á las tiendas en triunfo con mi preciosidad. El alegre Potte estaba moliendo café.

—¡Soberbia rama!—gritó al verme; —hay que arreglarla en forma de corona... ¡Quedará de una gran devoción!

Y luego, con su rara destreza de manos, el alegre Potte entrelazó la rama en forma de corona santa. Resultó tan bien, que no pude contenerme y murmuré enternecido:

—Sólo le faltan las gotitas de sangre. ¡Jesús, lo que la tía se va á alegrar!

¿Y cómo llevaríamos para Jerusalem, á través de los cerros de Judea, aquellas incómodas espinas que parecían ávidas de rasgar carne inocente? Pero para el alegre Potte no había dificultades; sacó del fondo de su próspera alforja una fofa manta de algodón en rama y envolvió delicadamente la corona del agravio como si fuese una joya frágil. Después, con una hoja de papel de estraza y un bramante encarnado, hizo un envoltorio sólido y ligero... Yo, sonriendo, mientras liaba un cigarro, pensaba en aquel otro envoltorio de encajes y lazos de seda, oliendo á violeta y á amor, que había quedado en Jerusalem esperando por mí y por el favor de mis besos.

—¡Potte, Potte!—grité radiante. —No te figuras lo que ha de valerme esa rama dentro de ese paquete.

Apenas Topsius volvió de la sagrada fuente de Eliseo, le ofrecí, para celebrar el encuentro providencial de la Gran Reliquia, una de las botellas de *Champagne* que Potte traía en las alforjas. Topsius bebió «por la Ciencia». Yo bebí «por la Religión». Y liberalmente la espuma de *Moet et Chandón* regó la tierra de Canaán.

Por la noche, para mayor festividad, encendimos una hoguera. Las mujeres árabes de Jericó vinieron á danzar delante de nuestras tiendas. Nos recogimos tarde. El envoltorio de la corona de espinas estaba al lado de mi catre. Apagárase la hoguera y nuestro campamento dormía en el infinito silencio del Valle de la Escritura... Tranquilo, regalado, me dormí también.



III

Llevaría próximamente dos horas de sueño, cuando me pareció que una claridad trémula, como la de una antorcha humeante, penetraba en mi tienda, y que á través de ella, una voz me llamaba lamentosa y doliente:

—Teodorico, Teodorico, levántate y parte para Jerusalem.

Arrojé la manta asustado y vi al doctísimo Topsius que á la luz mortal de una vela se calzaba rápidamente una espuela de hierro, apoyado el pie sobre la mesa donde yacían las botellas de *Champagne*. Era él quien me despertaba apresurado y fervoroso.

—¡Arriba, Teodorico, arriba! ¡Ya están ensilladas las yeguas! Al amanecer debemos llegar á las puertas de Jerusalem.

Incorporándome en el catre, miré con pasmo al sesudo doctor.

—¡Oh, Topsius! ¿Pero vamos á partir así, bruscamente, sin alforjas, saliendo de las tiendas como quien huye?

El erudito alemán alzó sus anteojos de oro que respandecían con una desusada é irresistible intelectualidad. Una capa blanca que yo no le había visto hasta entonces